

Psicología y desarrollo humano

El hombre fue creado para comunicar

Hna. Virginia Isingrini

Misionera Xaveriana Y Psicoterapeuta

El Hombre escucha

Para describir tanto la esencia como las actividades del hombre, la Biblia utiliza la fisiología del cuerpo humano. Aun cuando introduce conceptos más abstractos bajo el influjo de otras culturas, no renuncia a su visión antropológica, tan rica en imágenes y símbolos. A este respecto, podemos observar que el Antiguo Testamento no habla tanto de la «cabeza» como del «rostro» del hombre. Este término aparece siempre en plural (2 mil cien veces), lo cual recuerda la variada relación del hombre con su entorno. En el «rostro», que permite al hombre «dirigirse» a otros, están reunidos los órganos de comunicación entre los que destacan: ojos, boca y oídos.

Examinaremos aquí algunos textos que, entre muchos otros, ejemplifican qué clase de comunicación aparece en la Biblia como típicamente humana.

Oír y hablar, con sus órganos correspondientes, son las dos actividades que definen al hombre vivo y saludable. Quien está en peligro de quedarse sordo y mudo, debe temer por su propia existencia. El enfermo del Salmo 38, en la cumbre de su lamento, grita: «Pero yo soy como un sordo, no oigo, como un mudo que no puede abrir la boca. Soy como un hombre que ya no oye, en cuya boca ya no hay respuesta» (vv. 14 15). Oír es lo que constituye al hombre y, consecuentemente, poder abrir la boca, contestar.

La tradición sapiencial resalta repetidamente la importancia del oído y la lengua: «Muerte y vida están en el poder de la lengua», asevera el libro de los Proverbios (18, 21).

Hay, por lo tanto, una prioridad del ‘escuchar’ sobre el ‘hablar’. Salomón, en su plegaria para obtener la sabiduría, pide ante todo un corazón presto a la escucha (cfr. 1Re 3, 9 12). Por eso el contestar, según Proverbios, no puede preceder al escuchar: «Quien contesta sin haber escuchado, es necio» (18, 13). Los Profetas se conocen a sí mismos en el momento en que Dios los llama y les confía su misión: «Ay de mí, que estoy perdido, pues yo soy un hombre de labios impuros», dice Isaías. Moisés proclama su incapacidad para hablar y sacar a los israelitas de la esclavitud de Egipto. Así, Jeremías siente el peso de su poca edad y de un temperamento sin ninguna sintonía con la vocación que Yahvé le hace. También Jesús, al sanar al sordomudo (cfr. Mc 7, 31 37), empieza introduciendo los dedos en sus oídos, sólo en un segundo momento sana la lengua, ungiéndola con su saliva.

El hombre que, cerrando su oído, en sí mismo permanece, no sólo se hace inhumano entre sus hermanos, sino que se «autodiviniz» frente a Dios. Negarse a la escucha sería renunciar la vida. Dice Moisés al pueblo de Israel, hablando de la Ley: «Estén bien atentos a todas estas palabras... porque no es una palabra vana para ustedes, sino que es su vida» (Dt 32, 46 47). Citando un texto del Deuteronomio, Jesús recuerda al tentador que el hombre no puede vivir sólo de pan, sino «de toda PALABRA que sale de la boca de Dios» (8, 3).

El Hombre responde

Dios habla al hombre porque quiere que éste le responda. De esta respuesta dependen tanto la vida y la felicidad, como la muerte y desesperación del ser humano.

El relato de la Creación nos muestra que, en definitiva, el privilegio de Adán consiste en que puede responder, y ello es posible gracias a la providente palabra de Dios: «No es bueno que el hombre esté solo» (Gn 2, 18). Sólo cuando Dios toma la iniciativa de hablar, es posible que el hombre haga lo mismo. Al don de la Palabra, corresponde en el hombre el don del lenguaje. En efecto, a partir de ahí Adán empieza a nombrar todos los animales que el Señor había puesto a su disposición.

Para explicar este hecho, se debe acudir a la concepción primitiva del vínculo entre el nombre y su portador. No se trata propiamente de los nombres considerados como vocablos, sino de la relación que se establece entre el nombre y el objeto. El propio lenguaje es productor, creador, intérprete. Todos los demás seres vivientes están, por así decirlo, como amontonados, sin una forma propia. Al separarse de ellos y distinguirlos entre sí, el hombre se encuentra a sí mismo. Se trata de un proceso creador, parecido al de Dios, mediante el cual el hombre objetiviza en sí mentalmente las criaturas y, sin darles el ser, las llama a ser.

El centro de gravedad no está en la invención de nombres o vocablos, sino que es esa íntima apropiación cognoscente e interpretadora que se produce en el lenguaje. En sintonía con las reflexiones de índole filosófica, resulta muy interesante ver cómo aquí el lenguaje no es considerado un medio de comunicación, sino, primeramente, una capacidad de orden espiritual con cuya ayuda el hombre ordena conceptualmente el ámbito de su vivir. Hablando concretamente: si el hombre dice «paloma», no sólo ha inventado la palabra 'paloma', sino que además ha entendido como paloma tal o cual criatura y la ha insertado como su auxiliar en el mundo de sus nociones y dentro del marco de su existencia. La palabra no es un utensilio que se abandona, como objeto muerto e inútil, una vez que ha alcanzado su fin. Con razón, la poetisa Emily Dickinson puede afirmar, a este respecto, que «hay quien dice que una palabra está muerta apenas ha sido pronunciada. Yo en cambio, digo que justamente aquel día empieza a vivir».

Sin embargo, en la narración de la Creación, sólo merece que se citen las palabras del hombre cuando acoge jubiloso la ayuda adecuada a su ser: «Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Ésta será llamada 'mujer', porque del varón ha sido tomada» (Gn 2, 23).

Mientras es invadido por un sueño profundo, signo de su imposibilidad de ser espectador directo de la Creación, Dios forma de su costilla a la mujer. Como un padrino de boda, Dios lleva la mujer ante el hombre. El varón reconoce al instante, lleno de grandísima alegría, a esta nueva criatura como algo que le conviene totalmente y entrando en comunión con ella. Saul Bellow, escritor estadounidense, afirma con un poco de ironía: «Hasta Adán, que puede hablar con Dios en persona, pide, al fin, un poco de compañía humana ». Con la palabra, que es respuesta al regalo perfecto de Dios, el Adán de todos los tiempos se hace plena y totalmente hombre.

Según el lenguaje de la antropología bíblica, la boca, que expresa lo que percibieron el oído y el ojo, es el órgano que distingue al hombre de todas las demás criaturas. También el animal tiene ojos y oído, sin embargo, sólo en el lenguaje humano se manifiesta que éstos son verdaderamente humanos. El Antiguo Testamento designa el oído y el ojo con un solo

término, respectivamente. Pero cuando tiene que describir los órganos implicados en el habla, presenta una serie considerable de miembros.

Ante todo viene la boca, con la que el hombre come y gusta y, más que nada, habla. Utiliza también los vocablos 'labio', 'lenguaje' o 'lengua', pero especialmente el 'hablar' verdadero o falso. Tampoco el 'paladar' es únicamente sede del gusto, sino que es asimismo instrumento del lenguaje. Por último, viene la 'garganta', con la que el hombre bebe y que pertenece a los órganos del habla.

Como podemos observar, ninguna actividad humana tiene tantas designaciones como el lenguaje. Además, de ninguna otra parte del cuerpo humano se mencionan tantas actividades tan distintas como de la boca, junto con labios, lengua, paladar y garganta, considerados como órganos lingüísticos. Esto parece confirmar una vez más, que la condición definitiva para la humanidad del hombre consiste en la capacidad de hablar. Y, por ser una manifestación tan propia y esencial del ser humano, está marcada por su misma ambivalencia.

Si, por un lado, la palabra permite al hombre poseerse a sí mismo, establecer la comunicación con sus semejantes y con Dios, por el otro puede degenerar en soliloquio, vulgaridad, agresión, destrucción del otro, blasfemia.

Por su lado positivo, la palabra elevada puede ser epifanía del alma, salvar, consolar, liberar, crear, generar, transformar. El capítulo 3 de la carta de Santiago, muestra dialécticamente el doble rostro de la palabra, el satánico y el salvífico: «Si alguno no cae al hablar, es un hombre perfecto, capaz de refrenar todo su cuerpo... Así también, la lengua es un miembro pequeño y puede gloriarse de grandes cosas... Con ella bendecimos al Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a imagen de Dios; de una misma boca proceden la bendición y la maldición» (3, 2b.5a.9 10). La palabra, algo en apariencia tan frágil e inconsistente, puede tener la fuerza devastadora del fuego y de la espada, o la potencia creadora del mismo Espíritu de Dios. En su nombre se han inmolido mártires, se han perseguido y callado profetas; se han amedrentado reyes y señores del mundo; se han llevado a la hoguera personas, libros e imprentas; se han proclamado verdades y aliviado penas.

Se trata de una lección que empapa casi todos los escritos de los sabios del Antiguo Testamento: hay páginas y más páginas de los Proverbios, del Sirácida, de la Sabiduría, de los Salmos, dedicadas a la función decisiva del lenguaje. No se trata sólo de una ascesis, de una purificación del lenguaje, sino también de un apostolado de la palabra, y no sólo de la palabra religiosa. Baste con leer estos estribillos proverbiales: «En el mucho hablar no falta pecado... La lengua del justo es plata escogida... Quien difunde la calumnia es un necio... Los labios del justo solazan a muchos...» (Pr 10, 18-21). Por eso, «es dichoso el varón que no pecó con su boca» (Si 14, 1). Dejemos así, abierta ante nosotros, esta llamada constante de la Biblia a custodiar y valorar la palabra.